

TIEMPOS CONVULSOS

Ana María Castillo Moreno





edicioneshoac.es

ANA M.^a CASTILLO MORENO

TIEMPOS CONVULSOS

España 1959-1980
Apostaron por el amor, la paz y la dignidad



edicioneshoac.es



EDICIONES
HOAC

1.ª Edición, marzo 2020

© Hermandad Obrera de Acción Católica

© Ana M.ª Castillo Moreno

Diseño de portada: Publicaciones HOAC

Ilustración de portada: Pepe Montalvá. EstudioJa.com

ISBN: 978-84-92787-52-4

Depósito Legal: M-5623-2020

Preimpresión e impresión:

Arias Montano Comunicación

www.ariasmontano.com

Edición papel y ebook disponible en www.edicioneshoac.es

Ediciones HOAC

Alfonso XI, 4-4 • 28014 • Madrid

publicaciones@hoac.es

Telf. 917 014 080

Twitter @EdicionesHOAC

Nota de la autora

Para conocer el significado de las palabras que están señaladas con un asterisco (), puede consultarse al final de la obra una relación de las mismas ordenadas alfabéticamente.*

Con el objeto de facilitar la lectura, a continuación detallo la lista de los personajes que aparecen a lo largo de la novela.



edicioneshoac.es



edicioneshoac.es

Personajes

Extremeños

Familia de Antonia:

- Emilia, su madre.
- Eusebio, su tío. Hermano de Emilia.
- Juana, esposa de Eusebio.
- Carlos, hijo de Eusebio y Juana. Ahijado de Antonia. Apodado «Guitarras».
- Rosendo y su hermana Luisa, primos de Eusebio y Emilia. Tíos de Antonia.

Familia de Manuel Gómez:

- Antonio Gómez, su hijo.

Guardias civiles y familia:

- Luis Moreno. Su mujer, Maite.
- Alonso Jiménez. Su mujer, Julia.

Policías nacionales:

- Joaquín.
- Lucio.

Otros:

- Evaristo, primer novio de Antonia.

Vascos

Familia de Vicente Urrutikoextea (miembro de la JOC):

- Lorenzo, su padre.
- Josefa, su madre.

Familia de Eugenia Aldekoa:

- Fernando, su padre.
- Melitona, su madre.
- Juan, su hermano.

Familia de don Serafín Izaguirre (propietario de astilleros):

- Doña Mercedes, su mujer.

Familia de Mari Sanz, del caserío Bidartea:

- Ramón, su padre.
- Petra, su madre.
- La amona, la abuela materna.

Sacerdotes:

- Don Ricardo Extebeste, párroco de la iglesia Nuestra Señora del Carmen, de Aranantxo. Consiliario de la JOC.
- Don Jesús Leturiondo, coadjutor de don Ricardo. Consiliario de la HOAC.
- Jacinto Abrisketa, seminarista.
- Padre Gesalaga, de Anai Artea.

Otros:

- José Mari Lecumberri, compañero de trabajo y amigo de Vicente.
- Domingo Lekanda, estudiante, militante de la JEC. Amigo de Vicente.
- Miguel Berra, compañero de trabajo y amigo de Vicente. Militante de la JOC.
- Don Marcelino Cisneros, el comisario Cisneros.
- Víctor Amil, dirigente del Partido Comunista Español.
- Rufina y su hermana Margarita, amigas de Mari. Del caserío Mendialdea.
- Damiana, mujer de Rosendo.
- El Pelirrojo, estudiante perteneciente a ETA.
- El Chapas, amigo de Carlos.

De fuera del País Vasco y de Extremadura

- Pepi, la andaluza, de Sevilla. Amiga de Antonia.
- Carmen, de Zamora. Maestra. Compañera y amiga de Eugenia.
- El jesuita, amigo de don Ricardo.



edicioneshoac.es

*Gracias a mi familia por confiar en mí,
por sus consejos y por su paciencia.*



edicioneshoac.es



edicioneshoac.es

CAPÍTULO I

1959

Antonia emigra a Aranantxo

Noviembre de 1959. Antonia ha llegado a Aranantxo, un bonito pueblo pesquero del País Vasco. Tiene dieciocho años y acaba de dar los primeros pasos hacia un futuro bastante incierto. La inseguridad que siente se ve compensada por la confianza en que siempre estará acompañada por sus seres queridos.

Hace unos días se despidió de Rosaleda, el pueblo donde nació y donde ha vivido hasta ahora. Ha abandonado Extremadura para reunirse con su madre, su tío Eusebio (hermano de su madre) y la mujer de este, Juana, que habían partido hace unos meses en busca de trabajo.

En las cartas que los paisanos emigrados al País Vasco escribían a sus familias comentaban que allí se necesitaba mucha mano de obra, que había más faena de la que se podía apurar. Por eso la madre de Antonia, Emilia, viuda desde hace un año, decidió liarse la manta a la cabeza y probar suerte en estas tierras del norte.

Las primeras semanas, se hospedaron en casa de sus primos, los hermanos Rosendo y Luisa, que desde hace tiempo viven de alquiler en un piso en Aranantxo. Todo un lujo, pues la mayoría de los que llegan de fuera (extremeños, andaluces, gallegos, zaragozanos...) levantan por la noche en la ladera del monte, con la ayuda de otros vecinos, las paredes de ladrillos de sus casas. Aunque lo hacen en terreno no permitido, si tienen construidas las paredes y colocado el tejado, las autoridades no pueden derrumbárselas. De este modo, ha crecido y sigue creciendo el barrio de chabolas.

Emilia y Juana trabajan desde casa cosiendo para una fábrica de confección. A Eusebio lo han contratado en una empresa de contadores de agua.

Cuando Antonia llega a Aranantxo, su madre ya le tiene buscado trabajo como interna en el hogar de los señores Izaguirre, en Visasebao, la capital de la provincia.

—Mañana sábado, bien temprano, nos vamos en el tren a Visasebao para presentarte a la señora.

—Estoy nerviosa, madre. ¿Cómo voy a aguantar encerrada todo el santo día en una casa extraña?

—Hemos venido a ganar dinero. En el pueblo no teníamos dónde caernos muertos. Así que a espabilar.

—¿Cuánto dice que me van a pagar?

—Cuatrocientas pesetas al mes, libres de polvo y paja, porque tú allí tienes todos los gastos pagados. Descansas los jueves y los domingos, de cinco a diez. Haz méritos en la cocina para que los señores estén contentos contigo y puedas trabajar con ellos mucho tiempo.

—Sí, madre. Pero ¿cuándo la veré a usted?

—Los trenes van y vienen todo el día. En un santiamén, te plantas en Aranantxo para pasar la tarde.

Antonia y Emilia, ambas vestidas de luto riguroso, llegan al portal número cinco de la calle Barrena. Son las nueve de la mañana. Varios transeúntes se han cruzado con ellas y no han podido evitar volverse para mirarlas. El pañuelo negro no solo cubre sus cabezas, sino que reduce a la mitad el óvalo de sus caras. Emilia pulsa la tecla del interfono donde pone 3.º A. Una voz con acento andaluz pregunta:

—¿Qué desean?

—Buenos días. Venimos por lo del trabajo de cocinera. La señora de Izaguirre nos está esperando —aclara Emilia.

Al entrar en el portal, se encuentran de frente el ascensor.

—¿Qué es ese armario con puertas de cristales, madre?

—Se llama ascensor. Yo ya lo he probado para subir al piso de mis jefes, que es un cuarto. Al principio agobia verte ahí encerrada. Pero enseguida te acostumbras.

—A usted no se le pone nada por delante —sonríe Antonia.

—Es que los pobres, hija, por no tener, no podemos tener ni miedo.

—No se apure, que a mí me da que en esta tierra se acabaron todos nuestros males. Mire usted lo bien que les va con el bar al tito Rosendo y a la tita Luisa. De aquí a un año, podremos vivir independientes, ya verá.

—Dios te oiga.

Pepi, la doncella de los Izaguirre, ataviada con vestido, delantal y cofia rosas, las aguarda en la puerta. Las hace pasar al recibidor y las invita a sentarse mientras ella va a anunciar su llegada a la señora.

—Madre, fíjese qué suelo, todo de madera. Y qué brillante. Son gente de dinero. No hay más que ver tanto espejo y tanto cuadro. ¿Se ha fijado usted en lo bien vestida que va la criada?

—Es de un pueblo de Sevilla. Pero baja la voz, no vayan a oírte. De todos modos, a mí me han dicho, y así me lo pareció la señora cuando hablé con ella, que los señores de aquí no son tan estirados como los de nuestra tierra.

—¿En qué me dijo que trabaja el marido?

—Es el dueño de unos astilleros de Aranantxo.

—Buenos días, Emilia. Su hija, supongo —se escucha la voz pausada y amable de doña Mercedes—. La señora de Izaguirre es alta, delgada, con nariz aguileña y ojos verdes. Lleva el cabello teñido de dorado, muy cardado.

Antonia y Emilia se han puesto en pie de inmediato. La chica, tímida, baja la mirada. El rubor de sus mejillas pone un poco de color a la oscuridad de su atuendo.

—Sí, señora, mi hija.

—Antonia Barragán, para servirle —se presenta la joven haciendo una ligera genuflexión.

—Siéntense, por favor.

Doña Mercedes se dirige a Antonia:

—Supongo que tu madre ya te habrá puesto al corriente de las condiciones del trabajo.

—Sí, señora.

—¿Estás de acuerdo?

—A mí me parece bien lo que mi madre haya ajustado con usted.

—Entonces, ya sabes que te encargarás de la cocina. Tengo entendido que se te da bastante bien.

—A una servidora no se le caen los anillos por trabajar en lo que sea. Pero la cocina es lo que más me gusta.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho, señora.

—Qué buena chica parece su hija, Emilia, y qué ojos tan bonitos tiene. Lástima que con ese pañuelo no luzcan.

Antonia se sonroja. Mira nerviosa a su madre.

—Lleva luto por su padre, que murió hace un año. Además, tiene que guardarle la ausencia al novio.

—¿Tan joven y con novio?

—Le falta un año para terminar el servicio militar —responde Antonia.

—¿Y después?

—Ya se verá —interviene, otra vez, la madre—. De momento, queremos abrírnos camino aquí. Si todo va bien, vendrá a vivir con nosotras.

—Veo que lo tienen todo pensado. ¿Cuándo podrías empezar, Antonia?

—El lunes mismo, si usted quiere.

—Pues no se hable más —da por terminada la conversación—. Te espero el lunes a las ocho.

Doña Mercedes desaparece en el pasillo. La doncella acompaña a Antonia y a Emilia hasta la puerta y se despide de ellas con una sonrisa.

—La señora es muy amable y educada, pero de guapa se ha librado. ¿No le parece, madre?

—Le sobran unos cuantos centímetros de nariz.

—¿Conoce usted al marido?

—No, pero todo se andará. Tú aplícate, a ver si cuando nos traigamos al Evaristo le encuentra colocación en su empresa.

De vuelta en el tren hacia Aranantxo, Antonia se abstrae en la contemplación del paisaje. Las naves industriales y las fábricas con sus humos dejan paso, de vez en cuando, a una vegetación abundante y a pequeñas huertas con maizales, *metas** de helechos y frutales. Algunos regatos caen en pequeñas cascadas. De pronto, la oscuridad de un túnel la sobrecoge. Cuando el tren discurre por tramos donde el espacio es más abierto, se deja ver en todo su esplendor la hermosura de la sierra de pinos a derecha e izquierda. A lo lejos, el mar. En las proximidades del pueblo, los barcos asoman sus enormes estructuras. Vuelven a sucederse las fábricas con sus ruidos y el trasiego de los trabajadores.

Antonia y Emilia comparten con Eusebio y Juana un piso alquilado, cercano al puerto. Es el último, un cuarto. Sesenta metros cuadrados; las vigas y el suelo de madera. Dos dormitorios, cocina, salita y un aseo. Huele bastante a humedad. En el dormitorio donde duermen madre e hija hay un balcón con vistas a la bahía. El resto de las dependencias dan a un pequeño y oscuro patio interior.

Una especie de ahogo se apodera de la joven cuando cierran el portal y suben las escaleras de madera que conducen a la vivienda. Su madre lo sabe. A ella también le ocurrió. Allá en su pueblo es distinto, los espacios son más amplios y hay más sensación de libertad al vivir en una casa, en lugar de en un piso.

—Te acostumbrarás —le dice.

—¿No echa de menos el corral o asomarse a la puerta y estar ya en la calle?

—Claro que sí, hija. Pero, a cambio, aquí no nos vamos a la cama pensando en cómo saldremos adelante la próxima semana o en si al día siguiente habrá para llenar el puchero.

—No sé, madre. Tengo miedo y un nudo aquí, en el estómago, que no me ha dejado tranquila en todo el día. Y cuando pienso en mis amigas, en el Evaristo y en padre, que ya se quedó allí para siempre... —gimotea.

Les abre Juana y exclama:

—¡Pero bueno! ¿Te ha ocurrido algo malo, criatura?

—Lo normal —responde Emilia—. Echa de menos el pueblo y compara la luz y alegría de aquella casa con la estrechez de esta.

—Anímate, Antonia, que a todo se acostumbra una. Aquí tenemos segura la comida y hasta podremos ahorrar —Juana le da palmaditas en la espalda.

—Eso mismo le he dicho yo. Pero mira, se me ha puesto a mí también mal cuerpo.

—Pues sí que habéis vuelto de la ciudad con buenos ánimos... Voy a traeros un vaso de agua para que os tranquilicéis.

Se sientan en la cocina, en unas sillas de anea, al lado de una mesa de madera rectangular. Una chimenea apagada decora la pared de enfrente. A la izquierda, están la poyata y la fregadera; a la derecha, la cocina económica, que se alimenta con carbón y lleva pegado al horno un pequeño depósito para el agua caliente. En un mueble aparador, bastante desvencijado, guardan la loza y los escasos utensilios

para cocinar. En las paredes lucen algunas hojas de calendarios con motivos de cacerías y de plantas, también un cuadro con la imagen del Sagrado Corazón.

Emilia se santigua. Dice que van a rezar tres Padrenuestros y tres Avemarías por el eterno descanso de su difunto Matías. En breves instantes, la destartalada y desangelada cocina se transforma en capilla. Juana ha encendido una vela. También solloza. Terminan los rezos, se santiguan, suspiran y se secan las lágrimas.

—Basta de penas —resuelve Juana, con decisión—. Si el Matías levantara la cabeza, no le gustaría vernos así. Vamos a poner la mesa. He preparado un cocido como los del pueblo, con el chorizo y la morcilla que trajiste, Antonia, y con su poquito de tocino y todo. Ya veréis. Está para resucitar a un muerto. Bueno... con perdón...

Juana sirve los humeantes garbanzos.

—Aparto este plato para la cena del Eusebio, que el estómago siempre agradece algo caliente.

—¿Cómo le va al tito Eusebio?

—Su trabajo es de tornería en serie para contadores de agua. Un trabajo duro, pero se gana bien. Entre sueldo y extraordinarias, sale por unas 4.000 pesetas al mes. Con esto, más lo que yo arrimo y haciendo economías, esperamos que el próximo año podamos dar la entrada para un piso propio.

—Hasta podréis coger *pupilos**, que os ayudarán a pagar la hipoteca —sugiere Emilia.

—Algo de eso hemos hablado ya el Eusebio y yo. No será por falta de planes y de la ilusión que ponemos en ellos.

—Yo voy a ir haciendo mis averiguaciones para el Evaristo. En cuanto termine la mili, nos casamos.

—Ya verás como todo nos sale bien. Aquí hay más trabajo del que podemos apurar —asegura Emilia— y a nosotras trabajar nunca nos ha dado miedo. Pero si tu padre estuviera aquí... Porque un hombre siempre es un hombre, y al lado de un hombre es más fácil salir adelante.

Emilia empieza de nuevo a lloriquear. Con el pañuelo apretado contra la boca y la mirada baja, va dejando escapar ahogados hipidos. Las otras dos callan. La observan compungidas. De pronto, se quita la mano de la boca y da un sonoro golpe sobre la mesa, al tiempo que toma aire, eleva el rostro y declara con voz potente:

—A partir de este momento, aquí se acabaron los llantos y las quejas. Por mi Matías —y se besa el pulgar en señal de juramento—, que Dios lo tenga en su gloria, esta que está aquí tiene los mismos cojones que un hombre para trabajar.

Antonia y Juana asienten con un enérgico movimiento de cabeza, acercan las sillas a la mesa y dan buena cuenta del cocido.

Cada tarde, después de las ocho, Eusebio tiene por costumbre pasarse por el bar de su primo Rosendo antes de llegar a casa.

—Ponme un chato, Rosendo. Las tripas ya están pidiendo su medicina.

—Mala cara se te ve hoy.

—Calla, hombre. —Le da un trago—. Con razón le llaman a ese torno matahombres. Porque viejo es un rato. Cada dos por tres, se desajusta la pieza y hay que volver a ajustarla para que las cuchillas le den la forma que le tienen que dar. Todo eso es tiempo que se le quita a la producción. Así no hay modo de conseguir las primas. Pero lo peor es que te juegas el bigote. Algún día sale una cuchilla de esas por los aires y vete tú a saber la desgracia que nos puede ocurrir.

—Pues quejaros al encargado, que para eso está.

—Ganas no me faltan. Ya lo hemos hablado entre nosotros. Pero en esa sección de tornería somos casi todos de fuera y llevamos poco tiempo. Tenemos miedo de que nos echen por protestar.

—Pues algo tendréis que hacer.

—Algo se hará. Ponme otro, Rosendo, que no hay nada como el vino para aliviar las penas y para calmar la mala leche que me entra cuando veo cómo los de aquí hacen sus grupos aparte y nos lanzan esas miradas burlonas mientras almuerzan. ¿Sabes lo que les he oído decir hoy, cuando pasaba al lado de uno de esos corrillos?

Eusebio tiene medio cuerpo apoyado en la barra. Hace señas a Rosendo para que se acerque y lo mira fijamente.

—Ponme otro. Necesito valor para decírtelo y no poder añadir después que le he partido la cara al hijo de su madre.

Rosendo le sirve otro vaso de vino. Eusebio se lo bebe de un trago. Gesticula mucho con la boca produciendo un sonoro chasquido con los labios. Con voz lenta y pesada, por la indignación, la vergüenza y el alcohol, comenta:

—Pues mira, se trata de una adivinanza que, al parecer, a ellos les resulta muy divertida. ¡Los muy hijos de...! —Da un golpe sobre el mostrador con el vaso—. ¿En qué se parecen los *cacereños** a los huevos del CAT*? En que son bajos, pequeños y de fuera. Ja, ja, ja, qué graciosos son estos vasquitos. Me pregunto yo si estos desgraciados habrán tenido la mala fortuna de verle los huevos a un extremeño.

—¿Por qué dices la mala fortuna?

—Porque si estos desgraciados le ven los huevos a un extremeño, se acojonan. Que a huevos grandes no nos gana nadie.

—Muy bien dicho, Eusebio. Esto se merece otro trago.

Entre el alcohol y la rabia, Eusebio llega a casa coloradote y gallito.

—A buenas horas, guapo. ¿Te ha sisao muchos cuartos el Rosendo? —pregunta Juana con ironía.

—Ni cuartos ni horas ni hostias. Ponme la mesa. Vengo hambriento. —La deja con la palabra en la boca y se va directamente al lavabo.

Emilia, al oír la voz de su hermano, sale de la salita.

—¿Ya ha llegado el Eusebio?

—Está en el váter meando la mala leche.

—Hija, vaya lenguaje.

—Para lenguaje el de tu hermano, que viene hoy que no hay quien le tosa. Después de que una está hecha una esclava trabajando para engordar la hucha, procurando que a él no le falte nada, que tenga siempre sus comidas y sus ropas a punto. Lo trato a cuerpo de rey, y ¿para qué? Para que cuando se le calienta la boca en donde el Rosendo las pague conmigo. —Se mete en la cocina con el gesto contrariado.



edicioneshoac.es



NOVEDAD EDITORIAL

TIEMPOS CONVULSOS

Ana María Castillo Moreno



edicioneshoac.es

Esta obra ofrece una mirada distinta de la posguerra y la Transición española a través del hilo argumental de una serie de historias entrelazadas. Los personajes han de hacer frente a los enormes obstáculos que la sociedad de la época impone, llegando algunos a perder la vida. Tiempos tormentosos en los que nada es lo que parece.

La novela refleja el ambiente político, religioso y cultural del momento: la emigración, la clandestinidad, la lucha contra la dictadura, la gestación de ETA y el estallido de la violencia. Así como el importantísimo papel de los movimientos obreros y estudiantes cristianos (HOAC, JOC y JEC) en la lucha pacífica por la justicia social.

Son tiempos confusos envueltos en el trasfondo de una compleja red de emociones, relaciones y desencantos cuya única salida es el amor, el perdón.



**Ana María
Castillo
Moreno**

Ejerce como maestra de Primaria en Mérida, localidad donde reside. Escribe poesía y narrativa (novela, relato, cuentos para niños). En 1996 entró a formar parte de la Asociación poético-cultural «Gallos Queiebran Albores» de Mérida. Pertenece también a la «Asociación Prometeo de Poesía» de Madrid.

ÍNDICE

Capítulo 1. 1959. Antonia emigra a Aranantxo. **Capítulo 2.** Don Jesús Leturiondo y la HOAC en Aranantxo. **Capítulo 3.** El caserío Bidartea: inicio de una amistad. **Capítulo 4.** 1960. Una escalera desde el monte hasta el pueblo. **Capítulo 5.** Representatividad sindical para la JOC y la HOAC. **Capítulo 6.** 1961. El sabor dulce del amor y el amargo de la cárcel. **Capítulo 7.** La cueva de Zelarmendi. **Capítulo 8.** 1962. La ruptura. **Capítulo 9.** Obreros cansados de vivir sometidos. **Capítulo 10.** 1962. La JOC y la HOAC promueven huelgas pacíficas. **Capítulo 11.** 1963. Guardias civiles: aislados y rechazados. **Capítulo 12.** José Mari Lecumberri y el PCE. **Capítulo 13.** Un minero asturiano en Aranantxo. **Capítulo 14.** 1964. Vicente de nuevo en Aranantxo. **Capítulo 15.** Noviazgo entre un vasco y una extremeña. **Capítulo 16.** El pecado del comunismo. **Capítulo 17.** Campañas de boda. **Capítulo 18.** 1965. Un seminarista, obrero en Astilleros Izaguirre. **Capítulo 19.** 1966. «La Voz de España» arde. **Capítulo 20.** 1967. Domingo Lekanda ante el comisario Cisneros. **Capítulo 21.** 1968. Los abusos del poder. **Capítulo 22.** 1970. Asesinatos en Aranantxo. **Capítulo 23.** Juan Aldekoa. **Capítulo 24.** 1971-72. Sentencia de muerte. **Capítulo 25.** 1973. Reunión con el Papa y revueltas en la escuela. **Capítulo 26.** 1974. La escuela y el hogar, semilleros de ideologías. **Capítulo 27.** 1975-76. Expectativas tras la muerte de Franco. **Capítulo 28.** 1977. Secuestro y atentado. **Capítulo 29.** Abrazos en libertad. **Capítulo 30.** 1978. Carlos. **Capítulo 31.** La huida. **Capítulo 32.** 1978-79. Un gato negro muerto. **Capítulo 33.** 1979-1980. En busca de paz y libertad.

FICHA TÉCNICA

Colección «Literatura popular»

Páginas 501

1ª Edición Marzo 2020

ISBN/EAN 978-84-92787-52-4

Depósito Legal M-5623-2020

Código BIC DS, FA, HRCX, 3JKF, 3JKJ

Materia Literatura. Ficción moderna y contemporánea. Instituciones y organizaciones cristianas. Posguerra y Transición.

Encuadernación Rústica, cosido con hilo

Medidas 15,50 x 23,50 cm

Lengua Español

Precio de venta al público 23,50€

Fecha de aparición 1/3/2020